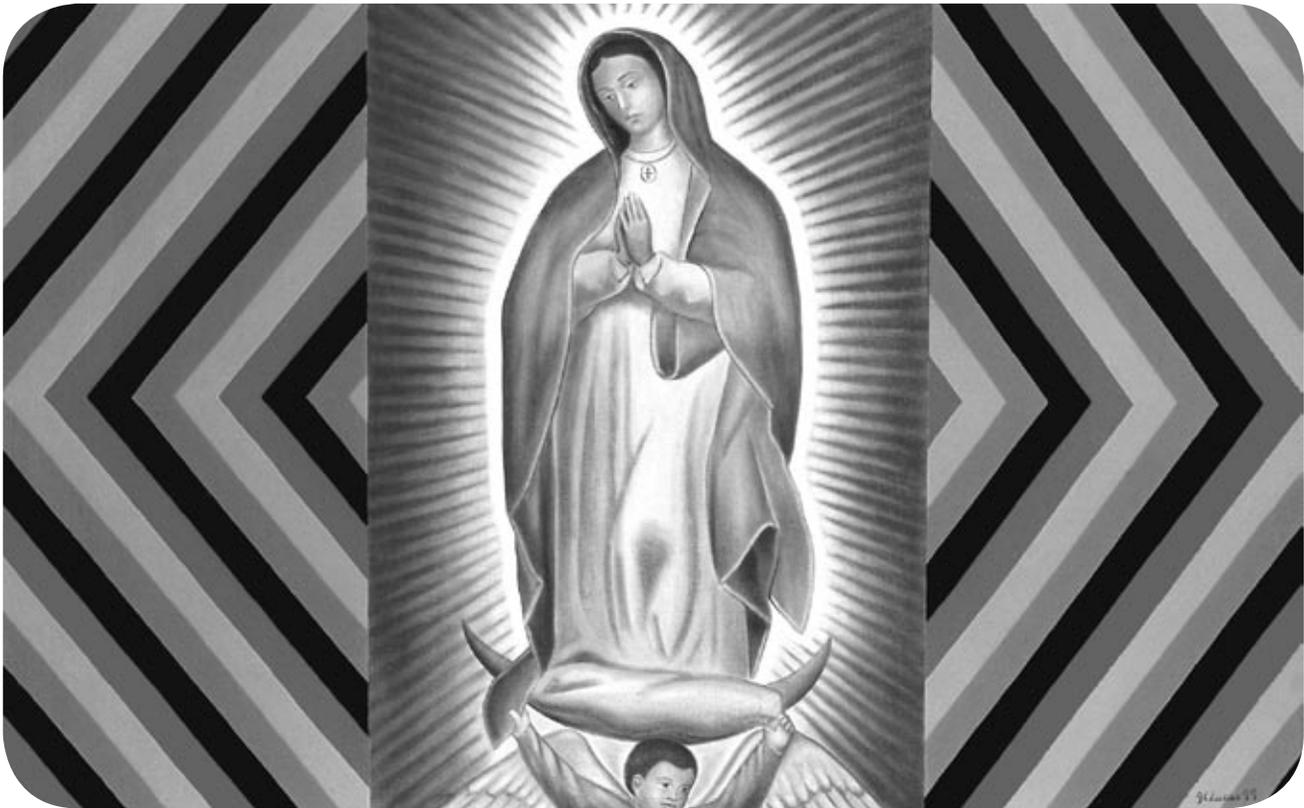


LETRAS AL MARGEN



EDUARDO ANTONIO PARRA Como lector, desde hace muchos años sentí fascinación por la novela histórica. Sin embargo, aunque desde los tiempos de mis primeras lecturas obras como *Ben Hur*, *Quo vadis?* o *Los últimos días de Pompeya* despertaron mi interés al grado de que durante la adolescencia volví a ellas una y otra vez para experimentar ese placer del reencuentro con lo conocido aunado al descubrimiento de novedades ocultas que únicamente la relectura es capaz de proporcionar, como escritor tardé bastante en acercarme a este tipo de narrativa. ¿Los motivos? Quizá se trataba de que aún no entendía que contar la historia desde un punto de vista literario

LA NOVELA HISTÓRICA

“revisitada”

Al preguntarme de nuevo a qué se debía mi reticencia, creo que la respuesta reside en que el encasillamiento de la narrativa histórica entre los llamados “subgéneros” me mantenía a cierta distancia de ella, así como el prejuicio de que quienes la frecuentan lo hacen impulsados más por el conocimiento que adquieren a través de su lectura que por el goce estético que les puede proporcionar. Pero éste no era sino un prejuicio más que se desvaneció en mí conforme releía obras cada vez más complejas, creativas, densas, que además de cumplir sus diversas funciones utilitarias, de aprendizaje, son capaces de enseñarnos mucho acerca de nosotros mismos como seres humanos —no sólo como

en su *laberinto*, de Gabriel García Márquez, o mexicanas como *Terra nostra*, de Carlos Fuentes, *Noticias del imperio*, de Fernando del Paso, *Pasado presente*, de Juan García Ponce, *El seductor de la patria*, de Enrique Serna o *La muerte de un filósofo*, de Vicente Herrasti, poco a poco me fui dando cuenta de que hay múltiples posibilidades de abordar el relato del pasado desde la perspectiva del juego, de la invención y de la exploración literaria.

En las páginas de estas obras aprendí que escribir este tipo de narrativa no se reduce a reconstruir una época distante hasta en sus menores detalles —para eso están los historiadores—, sino exige al narrador que abra novedosos interrogantes sobre los seres humanos tomando como pretexto los que fuimos hace décadas o hace siglos, con el fin

otro tipo de relato; de retar su concepción de los hombres, más que su conocimiento de los datos pretéritos; y de sacudirlo internamente al llevarlo a nuevas conclusiones por sí mismo, más que a causa de una revelación de hechos desconocidos. Es decir, la narrativa histórica es un asunto artístico, más que un asunto de investigación documental, y su método, desde mi punto de vista, al igual que en cualquier otra clase de relato debe basarse en la seducción, en la provocación y en la violencia para que ningún lector salga indemne tras recorrer sus páginas.

Los relatos provocadores poseen la virtud de hacer que el lector se cuestione sus propias ideas, sus concepciones del mundo, de la sociedad, y las enseñanzas morales, éticas, ontológicas y de conducta que le ha inculcado

puede constituir un reto igual o mayor que desarrollar un argumento imaginario (que también se basa en una realidad conocida o intuita), pues aunque la historia —los hechos ocurridos y registrados— coloca las directrices del relato, siempre queda entre ellos una infinidad de resquicios para el juego de la imaginación. Es decir, sabemos qué ocurrió, pero a veces no sabemos cómo ocurrió; sabemos qué hizo alguien, mas no conocemos sus pensamientos ni su sentir en el instante de hacerlo. En otras palabras, tenemos a nuestra disposición el qué, el cuándo, el dónde y el quién, pero el cómo se abre ante nosotros como un abanico de posibilidades para la ficción.

habitantes de un país o una cultura— y de maravillarnos con la forma en que el autor distribuyó su material. Tras sumergirme en novelas extranjeras como *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar, *Yo Claudio*, de Robert Graves, *La guerra y la paz*, de Tolstoi, *El general*

de conocernos mejor al insertarnos en un devenir donde la lógica, o la falta de ella, pueden explicar el tiempo presente. Se trata, en fin, de conseguir entusiasmar al lector, más que a través de datos conocidos, por medio del arte de las palabras, como en cualquier

sus mayores: se trata de novelas y cuentos cuya lectura se inicia con una mentalidad y se termina con esa mentalidad trastocada, enriquecida. Si pensamos en términos históricos, para que un relato sea provocador tendría que conseguir que quien lo lee ponga

en tela de juicio no sólo sus ideas y valores éticos y ontológicos, sino su propia memoria, tanto la que le fue transmitida de manera formal como la que se ha construido por sí mismo por medio del análisis de las manifestaciones y tradiciones culturales. Esto no significa que olvide lo que sabe, sino que dude de

su ignorancia de ciertos detalles, pueden funcionar como un atractivo detonante de lectura.

Por último, la suma de la provocación y la seducción nos abre el camino hacia la violencia, hacia el sacudimiento interno de quien lee, que quizá debería ser el objetivo último de todo

retirar algunos velos que se han constituido en prejuicios para que sea el mismo lector quien se descubra pensando las cosas de otro modo y al hacerlo encuentre una visión distinta de la que tenía antes de leer; una visión, por supuesto, surgida de su interior.

Tanto la provocación como

SON SEDUCTORES AQUELLOS RELATOS QUE DESDE LA PRIMERA PÁGINA ATRAPAN AL LECTOR MEDIANTE CIERTOS COQUETEOS, YA SEA DE TRAMA, DE CONTENIDO O DE LENGUAJE, Y NO LE DAN TREGUA SINO HASTA LA ÚLTIMA PÁGINA.

sus certezas, las piense de nuevo y extraiga conclusiones inéditas que quizá cimbrén su visión del mundo pretérito y presente. Pero, para provocar, primero hay que seducir.

Desde mi punto de vista, son seductores aquellos relatos que desde la primera página atrapan al lector mediante ciertos coqueteos, ya sea de trama, de contenido o de lenguaje, y no le dan tregua sino hasta la última página. ¿Cómo hacerlo en narrativa histórica? Puede haber muchas maneras, pero todas responden a ese juego de mostrar y ocultar al mismo tiempo lo que despierta el interés, sin entregarlo por completo, dosificándolo hasta que la atención haya sido capturada venciendo incluso sus últimas resistencias. Para ello el lenguaje, el ritmo y la cadencia del discurso nos ofrecen una serie de posibilidades que, combinadas con la riqueza del material a disposición del autor, con el conocimiento previo del lector respecto del tema, aunado a

creador de ficciones, en este caso de ficciones históricas. Por violencia me refiero a la puesta en escena, a través de las palabras, de una realidad inquietante para el lector, al mismo tiempo conocida y novedosa, dramática por estar directamente relacionada con la existencia de quien la contempla. Sólo se consigue violentar a quien lee, desnudando ante su mirada un mundo que él pensaba pétreo, inamovible en su recuerdo; impulsándolo al análisis, al sondeo en sus profundidades más inaccesibles, con el fin de que transforme las concepciones que de él posee. En otras palabras, llevando nuestro discurso a que extraiga significados nuevos por medio de la ficción para poner en juego la imaginación del lector durante la lectura y después de ella. La tarea de quien escribe narrativa histórica no es mejorar ni empeorar la imagen que los demás tienen del pasado, sino

la seducción y la violencia en la narrativa histórica deben sostenerse en la materia a la que sirven, pues quizá no haya ningún otro tipo de narrativa que precise tanto del aspecto anecdótico como ésta. Existen muchos más elementos que ayudan a los escritores a hipnotizar a un lector, haciéndolo caer en su poder desde la primera hasta la última página. Sin embargo, un repaso de las principales ficciones históricas, tanto mexicanas como de otros países, nos muestra que la mayoría de ellas se basa en los elementos mencionados, que no sé si llamar técnicas literarias o impulsos interiores del autor, pero que al ser dirigidos por su intuición e instinto creador son capaces de sostener, dar sentido y enriquecer la tradición de este tipo de narrativa, tal como lo han hecho con el resto de los géneros y subgéneros que nos apasionan, convirtiendo su ejercicio en una verdadera actividad artística. 🌸

